

Capítulo III

LA CUESTIÓN DEL REALISMO

La política debería ser realista; la política debería ser idealista: dos principios que son verdaderos cuando se complementan, falsos cuando están separados.

BLUNTSCHLI

1. Maquiavelo y la política pura

Una vez que se ha establecido el significado de la palabra “democracia”, importa verificar cuál es la verdad “efectiva” de ello. Quien verifica los hechos es el “realista”: observador que mira lo real y se desinteresa de lo ideal. Hasta aquí no hay nada de malo, es lo mejor. Cuando Maquiavelo atendía la verdad efectiva (y su expresión) descubriría entonces la política. Pero aquí comienza una secuela de nociones que parecen derivarse una de otra y que transforman radicalmente el discurso. Decía que se empieza con el *realismo*; de este realismo se extrae la *política realista*; y luego, todavía, la política realista se convierte en la noción de *política pura*. A pesar de las apariencias, sostendré que son cosas muy diferentes una de otra y que de la primera no es lícito extraer la tercera.

Comenzamos por Maquiavelo y la antigua disputa sobre lo que él dijo y sobre lo que sus intérpretes le atribuyen. Maquiavelo funda la autonomía de la política precisamente porque el secretario florentino es el primero que *describe* a la edad moderna. Estar atentos a la verdad de los efectos es recurrir a la observación directa y registrar, sin disimular, que la política no obedece a la moral. Sin embargo, al interpretar a Maquiavelo o, mejor dicho, al hacerlo contemporáneo para nosotros, es necesario tener presente que él observaba la formación de los principados del Renacimiento, vale decir, de un microcosmos político no comparable con el nuestro,

entre otras razones porque en aquel tiempo la política coincidía con el príncipe.

Hagamos una distinción que, al amparo de leves modificaciones gramaticales, avizora una diferencia importante de concepto: la distinción entre el político y la política, entre el sustantivo y la sustantivación. El *político* es una persona y se puede hacer toda una tipología, por una parte se pone al político “realista” y por la otra al político “idealista”. Con esto se quiere decir que hay hombres políticos sin prejuicios, sin principios, que sólo buscan satisfacer sus intereses en términos de poder, y otros políticos que, en cambio, tienen la mirada fija en el idealismo que persiguen. La *política*, en cambio, es un proceso, incluso a largo plazo, el cual involucra a muchísimas personas y que, al menos en nuestros días, exige adhesión y participación.

Entonces, si la aportación de Maquiavelo es que la política es una cosa y la moral otra, de esta premisa sólo puede concluirse que la política es “amoral”; y de ello a sostener que exista una política pura hay un mar de diferencia. Una vez establecido que cosa *no es* la política, nos queda por establecer qué cosa *es*. Y la confusión nace cuando el “político puro” —el príncipe maquiaveliano— es asimilado a una “política pura”. No: la existencia del primero no basta para demostrar que existe la segunda.

¿Qué se entiende por política pura? ¿Sólo la política realista? ¿O también la *Machtpolitik*, la política de la fuerza? El hecho de que las tres nociones hayan llegado a ser intercambiables no quita que política realista y política de fuerza sean subespecies diferentes y que ninguna de las dos sea política pura. En efecto, si está preparado el político realista, se cuida de caer en el error de subestimar a todos los elementos “impuros” (desde su punto de vista) que producen el éxito de su política; porque el verdadero político sabe que sus ideas son fuerza y que también los ideales son armas y que, como decía Maquiavelo, también los padrenuestros sirven para apuntalar a los Estados: lo mismo es verdad para la política de fuerza. *Machtpolitik* no es sólo una cruda política de fuerza; es también una política alimentada por un *ethos*. De hecho, la *Machtpolitik* nace sobre el camino de la *Sittlichkeit*, de la “suprema moralidad” hegeliana y que siempre, de diferente manera, abrevia a ideales nacionalistas, de raza, imperialistas, de clase o también de renacimiento. No es que las políticas de fuerza prescindan de valores; la diferencia está en los valores que

profesan. Pero si es así, ¿qué cosa queda de la política pura o realista? Si su contenido no es la *Machtpolitik*, entonces ¿cuál es? Para mí no lo hay. El político puro existe o, mejor dicho, existía mientras la política se resumía toda en el poder del príncipe. Pero desde que el político y la política se separan, desde entonces el político puro no produce una política pura.

Regresemos entonces al “realismo”, al primer anillo de la cadena. ¿De qué se trata? ¿Cómo lo debemos entender? El realismo político no es una *posición política*, en la misma medida en la que lo son la política liberal, la política democrática, la política socialista, etcétera. El realismo político, en rigor, es únicamente un ingrediente de cualquier posición política, porque es su presupuesto informativo: cualquier propuesta descriptiva (si es exacta) de hecho es una proposición realista.

Por lo demás, queda el hecho de que hasta hoy, y desde hace mucho tiempo, realistas y demócratas se hacen la guerra, formados en dos riberas: los primeros reclamando el idealismo democrático y los segundos declarando antidemocráticas las tesis de la llamada escuela realista. Con el fin de establecer el punto que me interesa, es necesario desenredar esta madeja.

2. Realismo y valores: Croce, Mosca, Pareto y Michels

El caso de Benedetto Croce es el que mejor se presta para ilustrar cómo la “querrela” entre realistas y demócratas está mal planteada e incluso con graves consecuencias. Si la Italia liberal se rindió casi sin combatir al fascismo fue, precisamente, también gracias a una división entre realistas y demócratas, quienes al dividirse quedaron tan mal que después, demasiado tarde, se encontraron unidos (al añorar la libertad perdida).

Croce fue siempre gran admirador de Maquiavelo y sostenedor de la *Realpolitik* personificada por Bismarck, lo cual lo indujo a una despiadada polémica contra la “retórica” y la “hipocresía” democrática, a batirse en las trincheras contra las “seducciones Alcinesche” de la diosa Justicia y Humanidad (Croce, 1917, p. XIV). Y porque en la ribera democrática había, ciertamente, retórica e hipocresía, no se puede decir que el acusador estaba equivocado. Sin embargo, de esta manera terminó; de tal modo que

al final de la Primera Guerra Mundial casi nadie creía ya en la democracia de la Italia *giolittiana*: ni aquellos que habían escuchado la predicación socialista ni ciertamente a quienes veía el Estado unitario con antiguos rencores católicos ni los parlanchines y ni siquiera —ver precisamente a Croce— los herederos de la tradición del resurgimiento. Croce confesará, más tarde, que “ni lejanamente se me hubiera ocurrido pensar que Italia se dejara quitar de las manos la libertad que le había costado tantos esfuerzos y que su generación la consideraba conquistada para siempre” (1951, p. 1172). Lo que significa que el Croce del periodo 1896-1924 se encontró en la situación de blandir el realismo político no *dentro* de la liberal-democracia —lo que es admisible, pues el sucesivo Croce liberal no sintió ninguna necesidad de denegarlo— sino *contra* la democracia.

Entonces ¿cuál es la relación correcta entre realismo y nuestras opciones de valor por el liberalismo, la democracia, el socialismo u otro? Ya dije que ninguna ciudad política puede ser entendida exclusivamente en términos prescriptivos o “idealistas” ni únicamente en términos de verificación o “realistas”. Por lo tanto, si el realismo (entendido correctamente) considera los presupuestos de hecho de cualquier ordenamiento ético-político, de ello se deriva que el realismo se detiene exactamente en donde el liberalismo, la democracia y el socialismo comienzan; y esto porque esos regímenes resultan del injerto del ideal sobre lo real, del deber ser sobre el ser. El punto puede parecer obvio, mas se escapa a muchos, aun a Croce. ¿Cómo se explica? Se explica porque para Croce —y en general para la filosofía idealista— ser y deber ser están para dialectizar y, por lo tanto, para emparejar. Y en la penumbra dialéctica Croce distinguió mal, y luego unificó mal, ser y deber ser; y esto termina por ser el punto débil de toda su filosofía política.

En la primera fase de su pensamiento, hasta 1924, la política como “realmente es” le pareció agotar la problemática ético-política. Por tanto, en vez de hacer del reclamo realista el mecanismo necesario de un ordenamiento liberal-democrático, hizo una antítesis que lo negaba. Más adelante Croce vio, en la segunda fase de su pensamiento, la liberal, que todo se apoya sobre una libertad entendida como “ideal moral”. Sólo que la falsa premisa original le impidió llegar a buen fin.

En efecto, en el liberalismo crociano, la línea “realista” y la “ética” se sobreponen pero no se funden. Su liberalismo está formulado total y

únicamente en términos éticos; es, como decía Croce, un “liberalismo ético”. Y este liberalismo ético no está fuerte y colmado sino, por el contrario, vacío y debilitado por un realismo político que le es extraño.

¿Se puede decir que Croce está equivocado cuando sostiene todo el tiempo que la política es utilidad y fuerza? Tal vez no, en términos de comprobación. Pero sí al pretender que ésta sea la política liberal. Pues una política se puede calificar como liberal en cuanto a que el “hecho” de la fuerza sea moderado por el deber de confinar la política de fuerza al grado de *ultima ratio*. Por otro lado, se puede estar de acuerdo con Croce cuando define al liberalismo como un “ideal moral”. Pero el error empieza cuando Croce pretende que un liberalismo definido prescriptivamente agota el concepto de liberalismo, es decir, cuando su Libertad (con mayúscula) rechaza la contaminación de las técnicas y los instrumentos de la libertad liberal. Cuando rechaza, en sustancia, al constitucionalismo (ver más adelante, específicamente, cap. IX).

Pasemos de Croce a los otros maquiavelianos: Mosca, Pareto y Michels, autores sobre quienes luego regresaré. Aquí sólo son de utilidad para mostrar que la enemistad entre realistas y democráticos es equivocada o, cuando menos, innecesaria. Mosca, Pareto y Michels son declarados autores antidemocráticos. Lo fueron, especialmente los dos últimos, pues la parábola de Mosca fue similar a la Croce. Pero, ¿lo fueron por ser realistas? Es lícito dudarlo. Y es cierto también que es del todo ilógico sostener que no se cree en la democracia *porque* la verdad efectiva la desmiente. No, si no se cree en la democracia es porque creemos en valores diferentes. Por el contrario, también es ilógico rechazar una verificación descriptiva, porque parece chocar contra la fe democrática; como que una democracia no debe tener en cuenta las condiciones de hecho en las que se aplicará. Si es verdad que toda propuesta descriptiva es una propuesta “realista”, para cuestionarla es necesario declararla inexacta, es necesario hacer una verificación diferente. Pero no tiene sentido rechazarla por el motivo no confesado de que disturba el saber cómo va el mundo.

La ley de hierro de las oligarquías teorizada por Michels (ver más adelante, VI.6) no demuestra lo que pretendía demostrar; pero se debe rechazar en este terreno, no porque sea declarada antidemocrática. La teoría de la clase política de Gaetano Mosca es, como lo sostendré más

adelante (VI.5), tan difícil de verificar como de falsificar; y la crítica a Mosca aquí se concluye. En cuanto a Pareto, su teoría de la circulación de las élites no es ni democrática ni antidemocrática y debe ser juzgada sobre el terreno de su validez descriptiva y predictiva.

Entonces, no hay ninguna contradicción entre una versión realista y una fe democrática, por la buena razón de que el realismo está, indiferentemente, para todas las partes *nec cubat in ulla*. Puede haber un realismo democrático, así como hay un realismo no democrático. De ello deriva que defender la democracia excomulgando al realismo, es defenderla mal y más bien dañarla. ¿Por qué regalar el realismo a los enemigos? ¿Por qué no adueñarnos de él bajo el tipo de realismo democrático? El realismo verdadero es un puro y simple *realismo cognoscitivo*. Si es así, *aceptar el hecho* es también indispensable para el demócrata.

3. Democracias realistas y democracias de razón

Hasta aquí me he preocupado por exorcizar al fantasma de la política pura o de la realista, entendidas (mal entendidas) como posiciones políticas en sí, autosuficientes. Pero quedando claro que el realismo (bien entendido) es sólo un precedente cognoscitivo, falta advertir que el encuentro entre realismo y democracia es más fácil en el contexto de una cultura empírico-pragmática que en el de una cultura de sello racionalista. Hasta los años sesenta, esta distinción también se hacía por áreas geográficas: se dividía a la democracia de tipo angloamericano de las democracias de tipo francés o continentales. Hoy esta demarcación se ha atenuado mucho, lo que sin embargo no impide que la distinción entre democracia de tipo empírico y democracia de tipo racionalista mantenga una validez analítica propia.

La democracia, se dice, es un producto histórico, aunque dicho así sea banal pues todo lo existente es histórico. Pero el modo de producción puede ser diverso. Mientras la democracia de tipo francés nace *ex novo* por una ruptura revolucionaria, la democracia angloamericana surge de un proceso continuo. La revolución inglesa de 1688-1689 no reivindicaba un nuevo comienzo sino la restauración de los “derechos primigenios” del hombre inglés; es decir, retomaba los principios de la *Carta Magna* violados por las usurpaciones y por el absolutismo de las dinastías Tudor

y Estuardo. Poco importa que aquel pasado fuese mítico durante mucho tiempo; importa que la gloriosa revolución no fue una ruptura innovadora sino, en los propósitos, una recuperación. En cuanto a la llamada revolución americana, no fue una revolución sino una secesión. La Declaración de Independencia de 1776 reivindicaba, en lo esencial, el derecho de los colonos de proceder en el mismo plano de libertad de que gozaban los ingleses. No fue así en Francia, en donde la revolución de 1789 se afirmó como una ruptura dirigida a rechazar y cancelar *in toto* al pasado.

Hay, entonces, una diferencia muy grande entre el producto histórico “democracia angloamericana” y el producto revolucionario “democracia a la francesa”; y únicamente la primera es un producto histórico en el sentido propio de la expresión: fruto de la endogénesis histórica. De esta diferencia de origen se derivan y se obtienen las otras. Como subrayaba Bryce (1949, I, p. 91): Francia ha adoptado la democracia “no sólo porque el gobierno popular parecía el remedio más completo para los males inminentes, ...sino también en homenaje a los principios generales abstractos considerados como verdades evidentes...”. Y Tocqueville (1856, parte I, III, 1) había observado el contraste así: “Mientras en Inglaterra aquellos que escribían sobre política y aquellos que la hacían vivían juntos la misma vida..., en Francia, el mundo político quedó dividido claramente en dos zonas no comunicantes. En una, se administraba; en la otra, se formulaban los principios abstractos... Más allá de la sociedad real... se construía poco a poco una sociedad imaginaria, en la que todo parecía simple y coordinado, uniforme, equitativo y racional.”

Principios generales abstractos considerados como verdades evidentes; una sociedad imaginaria en la que todo aparecía como simple, coordinado y racional. Bryce y Tocqueville ponen en verdad el dedo sobre la “democracia de la razón” y, a partir de ella, sobre el racionalismo como trasfondo cultural de la democracia de tipo francés. Racionalismo al que se contraponen el empirismo y el pragmatismo como substrato cultural de la democracia de tipo angloamericano.¹

Dejemos por el momento a un lado la democracia y detengámonos sobre el racionalismo y el empirismo o, mejor, sobre el contraste entre mentalidad racionalista y mentalidad empírico-pragmática. No digo “men-

¹ El empirismo es el progenitor; el pragmatismo, un hijo. El primero es cauto y se expresa en el dicho “espera y verás”; el segundo es aventurado, como en el dicho “prueba y verás”.

talidad” al acaso; digo así porque aquí interesa la *forma mentis*, la formación mental, el modo de percibir y concebir al mundo.

Comienzo por observar que la mentalidad empírico-pragmática se desenvuelve a un nivel mucho menos abstracto que la mentalidad racionalista. Dicho sin ambages, la primera tiende a lo concreto, la segunda no. La mentalidad empírico-pragmática se coloca en *media res*, en medio de las cosas, es decir, en proximidad a lo que se puede ver, tocar y experimentar: su instinto es el de “proceder hacia atrás”, de los hechos a la mente. Por el contrario, la mentalidad racionalista procede de la cabeza hacia fuera: se espera que proyecte su racionalidad en la realidad. El empirista en la acción es pragmático: da un paso a la vez, orientado por lo que sucede, y recién después se mueve de nuevo. El racionalista da el salto más largo y se mueve por asalto: su instinto es el de partir desde una *tabla rasa*, de rehacer todo desde los cimientos.

Para Hegel (esta es su aserción más célebre y fundamental) “lo racional es real” y, viceversa, “lo real es racional”. El equilibrio hegeliano no resistió el asalto de sus discípulos. ¿Quién es el caballero y cuál es el caballo? Para la derecha hegeliana era lo racional lo que se debía someter a lo real: el punto de referencia es la realidad. Para la izquierda hegeliana (y, en ésta, para Marx) era lo real lo que se debía someter a lo racional: el punto de referencia es la racionalidad. Y el racionalismo se reconoce en esta segunda versión. Para el racionalista, si una teoría o un programa no se logra en la práctica, la culpa es de la práctica: en suma, lo que es verdad en teoría, también debe ser verdad en la práctica.

El contraste se puede desarrollar todavía más. Para el empirista cuenta la aplicabilidad, para el racionalista la coherencia. El primero rehuye la larga cadena deductiva; el segundo, está fascinado por la construcción *more geometrico* de las catedrales lógicas. La mentalidad empírico-pragmática es “tentativa”; la mentalidad racionalista busca lo definitivo. La primera aprende probando y recibiendo de la experiencia, la segunda se impone y sobrepone a la experiencia. Podríamos resumir así: para el empirista la racionalidad es moderación; para el racionalista, debemos ser racionales (rigurosos y coherentes) aun a costa de ser irracionales.

El criterio verdadero del empirismo es la adecuación del intelecto a la cosa; el criterio verdadero del pragmatismo es mucho más limitado y más simple: es el éxito en la acción (*pragma*), el éxito que logra, el éxito conforme a la intención. Aquí acoplo las dos nociones para simplificar, pero debe tenerse en mente que son diversas.

Regresemos para ver cómo estas matrices mentales y culturales se reflejan sobre el modo de concebir la democracia. Las definiciones de repertorio de la democracia se pueden subdividir en dos grupos: definiciones *fundamentales*, en el sentido literal que se hacen desde los cimientos, desde su esencia, y definiciones *instrumentales*, que sólo dan los mecanismos y procedimientos del *modus operandi* de la democracia. En las primeras, todo gira alrededor de la palabra pueblo, en las segundas, la palabra pueblo ni siquiera aparece. En las primeras, la premisa es que el pueblo es soberano y todo lo demás su derivación. En cambio, el instrumentalista resalta la premisa y debuta constatando, por ejemplo, en que la democracia es un sistema pluripartidista (de competencia entre partidos) en el que la mayoría, elegida libremente, gobierna con el respeto de los derechos de la minoría.

Es evidente que esta última definición va directamente al centro práctico, a los mecanismos. La democracia es un sistema de partidos (en plural) ya que los electores se expresarían en el vacío y producirían el vacío —en el caos de una miríada de fragmentos— sin el marco de referencia y de opciones propuestas por los partidos. Los partidos canalizan y organizan el voto; en el bien y en el mal “sólo la ilusión o la hipocresía puede creer que la democracia sea posible sin partidos políticos” (Kelsen, 1966, p. 25).² En cuanto a la otra determinación, se ha visto ya (II.2) cómo el principio mayoritario “limitado” es condición *sine qua non*. Lo que no impide que las definiciones instrumentales de la democracia (aquella dada como ejemplo u otras del mismo tenor) omitan las cuestiones de principio o de fondo que interesan, por así decir, al fundamentalista. Para este último, la democracia es una cosa y sus mecanismos otra; y si falta la definición primera, la definición que la fundamenta también falta. Así, hay dos concepciones. En una, la democracia debe ser desenvuelta, a partir de su esencia. En la otra, la democracia se resuelve en las estructuras y en las técnicas que la hacen aplicable.

Se comprende que una teoría completa de la democracia debe contener tanto la teoría fundante como la teoría instrumental. Pero la mayoría de las veces el discurso es de tipo fundante o, también, de tipo instrumental.

² Dejo la definición partidista de democracia en estas brevísimas líneas, porque me ocupé de ello extensamente en otro lado. Se me permitirá, por lo tanto, citar a Sartori, 1976 y 1982.

Y con frecuencia el fundamentalista no llega nunca a los mecanismos, así como, en la otra ribera, el instrumentalista no sabe fundar. ¿Es acaso así? No, yo diría que no. El fundamentalista es de matriz racionalista, mientras el instrumentalista es de matriz empirista. El parteaguas radica en que el racionalista pregunta *qué es* (la democracia), mientras el empirista, instintivamente, pregunta *cómo funciona*.

Bien entendido, no divido en dos al mundo. Cultura racionalista y cultura empírico-pragmática son prevalecientes; pero prevalece la que hace diferencia. Para empezar, la constitución inglesa no conoce ni reconoce (en términos de valor legal) alguna entidad llamada *the people*, el pueblo. Por el contrario, la Constitución de la República de Weimar declaraba que *die Staatsgewalt geht vom Volke aus*, que el poder del Estado va del pueblo hacia arriba. Así, los ingleses logran plasmar la propia Constitución “funcionalmente”, mientras que las constituciones a la Weimar quedaron bloqueadas por su propia premisa fundante. Una segunda diferencia, es que la cultura angloamericana tiende a decir *government*, gobierno, cuando nosotros decimos Estado. No es que la palabra Estado no haya llegado a la otra ribera. Sino que el Estado es una entidad abstracta, una entificación jurídica; y también, cuando el empirista adopta la palabra, sigue viendo a través de la entidad impersonal, las personas, los gobernantes en carne y hueso que son, en concreto, el Estado.

Todavía más: ¿cómo es que solamente Inglaterra y los países que le derivan (desde Estados Unidos hasta la India) mantienen el sistema uninominal? El proporcionalismo vence por varios motivos; pero uno de éstos es que el proporcionalismo es racional. Si la cadena de argumentos parte del poder popular (como definición fundante), y si esta premisa se desarrolla con rigor deductivo, entonces es difícil escapar a las siguientes conclusiones: *a)* que la representación por fuerza debe representar en proporción, *b)* que entonces la soberanía representativa debe residir verdaderamente en los parlamentos, y *c)* por lo tanto el gobierno puede, únicamente, ser un cuerpo ejecutivo (en los hechos y no sólo en los dichos). En el modo de gobernar británico se premia la eficiencia; en el gobernar de la Europa Continental es necesario antes un sistema representativo *bien razonado*.

La conclusión, echando las redes por tierra es que la guerra entre realistas

y demócratas ciertamente es una guerra entre realismo y racionalismo. En cambio, no hay guerra entre realismo y empirismo. Más bien, el empirismo y el pragmatismo llevan *naturalmente* a un “realismo democrático”. Y sólo cuando desde una parte se invoca una “política según la razón” es cuando surge una contraparte que invoca una “política según la realidad”. Pero esta es una *querella* falsa que, a su vez, genera una entidad imaginaria: la política pura. Imaginaria porque el realismo “cognoscitivo” —el centro auténtico del realismo— es el sostén de cualquier política que pretenda concretarse (en vez de fracasar). Y en consecuencia, insisto, es una tontería que los democráticos rechacen el realismo; es más inteligente usarlo.